

latado arrabal del norte, la de Santiago y la de la Colada abierta sobre el Águeda al mediodía, á cuya derecha por la parte interior descuella, enfilando el puente, el alcázar de Enrique II. Aunque adaptado al uso de la artillería con obras más recientes, pintorescas almenas coronan aún su barbacana, su cuadrada torre y el torreón que encima de ésta se eleva; salones de bóveda apuntada constituyen sus tres pisos, alumbrado el uno por un ajimez de arcos ojivos que divide sutil columna; y salientes matacanes defienden la entrada ojival también, sobre la cual campea el antiguo escudo real y la lápida relativa á la construcción del edificio (1). Dícese, bien que allí no se lee, que el arquitecto fué un Lope Arias á quien el rey hizo venir de Zamora.

Ocupa el amurallado recinto una aislada loma, y abarca no más la población primitiva: sus calles no ofrecen desahogo, ni magnificencia sus casas, pero muchas fabricadas de sillería y señaladas con blasones recuerdan la copiosa nobleza que las habitaba, notándose á menudo en las esquinas aberturas de ventanas y aun de puertas conforme al atrevido alarde que tanto cundió por Castilla en el siglo XVI. De esta época es la casa consistorial, que en el fondo de la cuadrilonga plaza extiende anchamente tres arcos escarzanos en el piso bajo y otros tantos en el superior, formando pórtico y galería, adornados de medallones en las enjutas; columnas de plateresco capitel los sustentan, y en medio de cada arco hay otra que sirve á la clave de puntal, lo cual ora proceda de necesidad, ora de capricho, dista mucho de producir buen efecto. Delante tiene á un lado de la plaza las tres monumentales columnas romanas, que adoptó por armas la ciudad como padrón de su remotísimo

(1) El letrero oculto casi por un cobertizo es de menudos caracteres góticos y dice así: «Este alcázar mandó hacer el muy alto e muy noble rey don Enrique, fijo del muy alto e muy noble rey don Alonso que venció á Alboacen rey de Benamarin con todo el poder de África e ganó Algecira. Comenzóse primero día del mes de junio era de mil e CCCC e X años.» Es muy singular que se extienda en las proezas del padre sin mentar los actos del hijo. La noticia del arquitecto se debe á Ponz de quien la tomaron los demás.

origen, desde que en 1557 fueron descubiertas no lejos de allí con dos inscripciones que deslindaban el término de Miróbriga de los de Salmántica y Bletisa (1); plantadas en ángulo, llevan por arquitrabe dos grandes piedras y en el friso superior las dos lápidas juntamente con otra que refiere el hallazgo, semejando un colosal fantasma de la antigüedad evocado en medio de raquífica generación moderna.

En otra plaza descubre su flanco la catedral, que coetánea de la restauración de Ciudad Rodrigo soporta robustamente siete siglos de existencia. La puerta de las Cadenas, abierta en el brazo meridional del crucero, es puramente románica por su semicírculo profundo y decrecente, por las tres columnas con capiteles de follajes y figuras que guarnecen sus costados, por los cinco relieves encuadrados que encima de las dobelas representan al Salvador y á cuatro personajes, el uno con llaves, los otros con libros en la mano. Sobre el arco de medio punto en que posteriormente se la encerró y entre los dos pilares estriados que lo flanquean, corre una serie ó galería de nichos, ojivales es verdad, pero orlados de clavos, dientes, florones y otras labores tan bizantinas, y tan caracterizados por los ricos capiteles de sus columnitas exentas, que no pueden menos de considerarse como gemelos de la portada; y á la vez se labraron para ellos sus doce estatuas, que formarían un apostolado completo á no figurar entre las mismas un rey, una reina y un monje

(1) Apenas son legibles en el día por lo gastadas y por la altura en que se encuentran, pero Sánchez Cabañas autor de una historia manuscrita de Ciudad Rodrigo las copió en esta forma: *Imp. Cæsar Aug. pontif. max. trib. potest. XXVIII, cos. XIII, pater patr. terminus August. inter Mirobrig. val. ut. et. Salmant. val.— Imp. Cæsar Aug. pontif. max. trib. potest. XXVIII, cos. XIII, pater patr., terminus August. inter Mirobrig. val. ut. et Bletis. val.* Flórez interpreta la palabra *val.* por valles ó comarcas de dichos lugares: en todo lo demás las inscripciones son iguales á la que transcribimos en el capítulo de Ledesma. Al lado de ellas está la que consigna su descubrimiento: *Regnante Philippo II has columnas cum inscriptionibus ima basi reperlitas hic Augustobrig. instaurandas curavit anno MDLVII*, notándose que entonces prevalecía aún la opinión de que Ciudad Rodrigo era la Augustobriga de Tolomeo. El escudo municipal que representa las tres columnas se completa con las iniciales C. R.º

con cogulla, es decir probablemente los regios fundadores y el primer prelado, asomando en el fondo por detrás de sus cabezas á modo de pechina un mascarón ó un lindo dibujo de hojarasca. Al lado de la entrada, en otra hornacina, se nota una Virgen de dicha época. Por fortuna respetó estas preciosas antiguallas el renacimiento, al rehacer en el siglo xvi la pared del crucero y al abrir en su centro la nueva claraboya. Una y otra nave conserva intactas sus primitivas ventanas, góticas la mayor, bizantinas la lateral bien que ya ligeramente apuntadas, con triples columnas en sus jambas y bordadas cenefas en los arquivoltos: únicamente disuena del armónico conjunto la deforme escrescencia de una barroca capilla, cuya espalda avanza á la izquierda del portal decorada de pilastras y columnas y marcada en su ático con escudo de obispo.

Más presumió hacer por la fachada principal que mira á poniente la arquitectura clásica del reinado de Carlos III, levantando en medio de ella la alta torre que por cada lado presenta entre pilastras dos ventanas de medio punto y lleva balaustrada, cúpula y linterna por remate, no sin mostrar de arriba á bajo las señales de la terrible prueba que sufrió durante el sitio de 1810. Su cuerpo bajo sirve á la iglesia de cancel, cuyo ingreso adornó el arquitecto Sagarvinaga con cuatro grandes columnas corintias y frontispicio triangular; de suerte que sin dos antiguas ventanas que asoman á la izquierda y un zócalo de arquería trebolada, nos creyéramos en presencia de alguna creación completa y exclusiva de los restauradores del *buen gusto*. Pero en el fondo del cancel nos aguarda magnífica portada bizantina, custodiada por los doce apóstoles que tienen por repisa un capitel de toscas imágenes y otro á su espalda del cual arranca el labrado doselete, sembrada en sus dobelas de grupos de dos ó más figuritas de medio cuerpo bajo sus respectivos guardapolvos imitando ángeles, demonios ó caprichos asaz maltratados por desgracia, presidida por una grande estatua de nuestra Señora con el Niño en los brazos puesta de pié sobre la

sutil columnita que divide la puerta en dos arcos semicirculares. En el testero esculpió el cincel diminutamente la cena del Redentor, la crucifixión y otros pasajes, más arriba la muerte y ascensión de María, y en el vértice á la Virgen coronada por su Hijo, efigies ambas de mayor tamaño. Singular analogía por su disposición y por sus detalles ofrece esta portada con la principal de la colegiata de Toro, y hasta se le parece en el destino de hallarse embadurnada con cal como la otra con dorados y pinturas (1).

Dando por fuera la vuelta al templo, se tropieza al norte en el opuesto brazo del crucero con otro portal de plena cimbra, guarnecido de dibujos delicados de poco relieve y tachonado con primorosos clavos en los lóbulos de su dintel; pero de sus cuatro columnas sólo quedan los capiteles compuestos de grifos y dragones, siendo evidentemente modernos los barrigudos fustes y los pedestales. Por este lienzo lo mismo que por el de mediodía pasó la reforma del siglo xvi, dando por marco á la puerta otro arco de medio punto y acanalados pilares, y variando la claraboya y el remate; dejó con todo sin alteración el arco estrecho y alto que se nota á la izquierda, orlado por dentro de cabezas al parecer femeniles. Forma ángulo dicho frontis con la cerca exterior del claustro flanqueada de agujas de crestería y ceñida con trepados encajes de la decadencia gótica, donde se alberga en pequeño nicho plateresco una imagen de la Virgen; mientras que por el lado de oriente al trasponer la esquina, aparece entre los primitivos ábsides laterales la suntuosa capilla mayor con sus robustos machones, sus ventanas de gótico moderno y su corona de balaústres interpolada de pirámides, tal como la reedificó el cardenal Tavera acordándose de su primera silla episcopal desde la primada de Toledo, y tal como fué llevada á cabo después de sus días en 1556 (2).

(1) Véase en el tomo de *Valladolid* el capítulo de Toro.

(2) En el respaldo se colocaron las armas del emperador y las del cardenal con esta inscripción: *Perfectum est opus hujus sacelli anno millesimo quingentesimo quinquagesimo sexto kalendas julii.*

Á pesar de estas innovaciones parciales, pocas basílicas perseveran tan fieles, como la de Ciudad Rodrigo, á su nativa estructura. Principiada hacia el último tercio del siglo XII y proseguida con la actividad correspondiente á la decidida protección de Fernando II, si no quedó terminada en vida de su favorecedor muerto en 1188, ó antes de espirar la centuria, al menos no empleó muchos años de la siguiente, fuese ó no su principal artífice, como lo fué del claustro al parecer, aquel Benito Sánchez, cuyo sepulcro veremos en uno de sus ánditos. Á no ser por la ojiva perfectamente desplegada ya dentro del edificio, en las bóvedas y en los arcos de comunicación, en las ventanas de la nave mayor y en las ventanas de las laterales, pudiera clasificarse entre los monumentos del segundo período románico, no sólo por su ornamentación sino aun por su traza. Falta á las naves, especialmente á la central, la altura y desahogo que adquirieron las obras de transición; y las menores acaban en el crucero describiendo enfrente dos ábsides ó capillas, sin juntarse por detrás de la mayor y sin indicios de haber existido ni proyectándose siquiera reunión semejante (1). En la intersección del crucero con la nave se echa de menos el gentil cimborio que tanto realza las vecinas catedrales de Salamanca y de Zamora y la colegiata de Toro. Pero las bóvedas no carecen de elegancia, resultando de los cuatro arcos que se cruzan en cada cual una estrella de ocho radios; y en las del crucero y de la nave principal destacan de los arranques de las esquinas rudas estatuas de apóstoles, de santos, de ángeles con trompetas en las manos, cual observamos antes en Salamanca. Entre ellas se distinguen como en el portal de las Cadenas, las del dadivoso rey Fernando, de su esposa Urraca de Portugal al fin repudia-

(1) No creemos que sea por haber quedado sin concluir la obra, como dice Ponz, ó por haberse quemado las naves laterales como afirma Llaguno, sino porque no entró en el plan del arquitecto. Tiene de longitud el templo, según dichos escritores, 140 piés, y de altura la nave mayor 80 y el crucero 90, resultando más corto pero más alto que la catedral vieja de Salamanca.

da, y del primer obispo Domingo, á las cuales acompaña un hombre vestido de humilde saco ceñido con cuerda, efigie que la tradición supone copiada al natural de san Francisco, tal como se presentó hacia 1214 en Ciudad Rodrigo, objeto de universal asombro, mientras se construían dichas arcadas (1).

Cuatro son las que componen el cuerpo de la iglesia hasta el crucero: para formar los pilares divisorios de las naves se agrupan cuatro gruesos fustes con ocho más delgados, terminando en capiteles de follaje pertenecientes al estilo de transición. Si algo hay allí que sea ya puramente gótico son las ventanas de la nave mayor, rasgadas y anchas cual si las aplastara el peso de la bóveda, boceladas y gnarnecidas con guirnaldas en el luneto, subdivididas en cuatro arcos y con círculos lisos en su cerramiento. Por el contrario, las de las naves laterales compartidas de tres en tres, de las cuales en cada grupo sólo está abierta la de en medio mayor que sus cegadas compañeras, bizantinas en todo menos en la ojiva que las distingue, ostentan en su alféizar dos ó tres columnitas y lujosos capiteles, y orlas de puntas en las dobelas. Arcos análogos con columnata parecida trazan á los piés del templo una esbelta galería sobre la puerta principal, y se reproducen en los brazos del crucero, girando en el del norte al rededor de una especie de tribuna de trepado antepecho. Acaso un tiempo continuaban dichos ánditos por los muros colaterales á la capilla mayor, según parecen indicar los salientes modillones destinados á sostenerlos y el fragmento de barandilla de lobulados rosetones que nota el espectador á su derecha.

Á la grave y sombría pompa del siglo XII opone la capilla mayor el desahogo y esplendidez del XVI en la suntuosa crucería de sus bóvedas esmaltadas de doradas claves, en la claridad de sus ventanas, y en la ligereza de sus medias columnas: las

(1) Á ser cierta la noticia, pudiera servir para fijar la fecha de aquella bóveda que es la de la nave principal más inmediata al crucero.

letras del friso repiten las preces de la consagración. Tenía un gótico retablo anterior á su presente fábrica, hecho de 1480 á 1488 según el letrado, cuyas hermosas tablas cuelgan ahora dispersas por las paredes del claustro, llamando la atención á pesar de su lastimoso estado los curiosos trajes y viveza de colorido con que representan escenas de la vida y pasión de Jesús; mientras que el tabernáculo de plata con que fué sustituido desapareció durante la invasión de los franceses. Poco se perdió bajo el concepto artístico á juzgar por el actual, que ofrece en madera, á lo que se dice, una copia exacta del primero: disimulan en parte la desnudez las cortinas de damasco que cubren los entrepaños del ábside, ocultando dos efigies sepulcrales puestas de plano que carecen de inscripción.

Pobre y escasa de entierros es la catedral, y aun de ellos no quedan más que algunas estatuas yacentes ó las lápidas modernamente transcritas. La tradición á falta de epitafio designa como imagen del primer obispo, el antiguo bulto que ocupa un nicho del crucero á la parte del evangelio: en otro contiguo á la puerta del norte autoriza un cuadro la pavorosa leyenda del prelado Pedro Díaz, que resucitado por intercesión de san Francisco y puesto de pié sobre el féretro durante las exequias, trajo nuevas de la otra vida á los aterrados circunstantes, y aprovechando la próroga de veinte días que se le concedió para enmienda de la suya, se preparó á su segunda muerte con asombrosas penitencias (1). También encierra su historia la

(1) Hizo renovar en 1698 dicha pintura, el obispo don José González, que pasó de la silla de Ciudad Rodrigo á la de Plasencia, y el letrado dice que sucedió el hecho en mayo de 1343 y no de 1433 como supone Gil González. Refiere Wadingo que era el don Pedro Díaz muy dado á los deleites de la carne, y que cayendo mortalmente enfermo al tercer año de su episcopado, después de resistir una y otra vez á los avisos de su camarero que veía en sueños su alma asediada por los demonios y defendida por un religioso venerable, consintió en confesarse al fin; que los deudos tuvieron oculta su muerte durante tres días para repartirse sus bienes más despacio; que traído á la iglesia su cuerpo resucitó, declarando que al ir á pronunciarse en el tribunal divino la sentencia de reprobación le había alcanzado san Francisco el referido plazo, y que lo empleó en penitencias, limosnas

sencilla piedra de Esteban Yáñez Pacheco que se encuentra con otras renovadas en la nave del mismo costado (1), y se cuenta que venido de Portugal ganó el señorío de Cerralbo y la mano de su heredera Inés, vengando en solemne duelo con los poderosos Garcí López el homicidio de Sancho Pérez, padre de la doncella. De los cinco matadores sólo se presentaron y murieron dos, y entonces la viuda del asesinado doña María Adán, que debía ceder poco en braveza á la *Brava* de Salamanca, descinó dos de las cinco vueltas de la sogá con que había rodeado su cuerpo, y cumplió la promesa de hacer yerno suyo al vengador (2). En la nave de la epístola yace la noble Marina Alfonso, por sobrenombre la Coronada, que falleció en 1215 y de quien se refieren extrañas aventuras (3), y en un lucillo del crucero inmediato, una buena estatua tendida figura al caballero Pedro Fernández de Gata sepultado con su esposa Aldonza de Caraveo (4).

Capillas no hubo de pronto más que dos de torneado semi-círculo en el testero de las naves y otras dos á los piés de las mismas: de las primeras la del lado de la epístola contiene sepulcros de los Pachecos y efigies arrodilladas poco dignas del

y predicaciones hasta que luégo de cumplido volvió á espirar. Algo de misterioso debió ocurrir que diese margen á esta rara tradición.

(1) Contienen éstas en letra moderna los nombres de la noble Elvira Vázquez bienhechora de aquella santa iglesia, de Ramón García canciller mayor del rey, que finó en la era de 1408 (año de 1370), de Rodrigo Alonso de Robles nieto de Álvaro Alonso de Robles que tiene su epitafio en el atrio de la iglesia y fué padre del obispo don Alonso de Robles. Junto á la puerta principal ó del Perdón, se lee: «Aquí yace Guiomar Sanchez hija de don Sancho Perez.—Aquí yace don Sancho Perez padre de Guiomar Sanchez.

(2) El historiador de los Agustinos de Salamanca pone hacia el 1330 la venida de Esteban Pacheco y su casamiento con doña Inés, del cual descendieron los señores de Cerralbo, alternando en ellos los nombres de Juan y Esteban, pero no hace mención de ese caballeresco relato.

(3) Dícese que guardó castidad toda su vida, y que para defenderla dió muerte en Portugal á un gallardo joven hijo de su señor, con cuyo motivo hubo de emigrar á Castilla; ponderase su discreción y hermosura. De la suntuosa tumba de mármoles que se pretende haber tenido, sólo queda el renovado letrado.

(4) La letra del epitafio borrada aunque moderna, no permite leer la fecha en que murieron.

culto siglo XVII (1); de las últimas la de la parte del evangelio recuerda en simple losa el nombre de Álvar Rodríguez de Cueto caballero de la Banda y adelantado de Castilla (2), y su colateral dedicada á la soledad de la Virgen presenta en su churrigueresco retablo dos buenas estatuas de san Francisco y santo Domingo. Posteriormente, á mediados del siglo XVIII, se abrió en el costado de la nave de mediodía la ostentosa capilla del Pilar, cuyo afamado arquitecto fray Antonio Pontones pagó tributo á la corrupción de la época, sobre todo en el exterior que se demuestra al lado de la puerta de las Cadenas. Mucho antes había admitido la nave del norte la capillita de santa Úrsula, reformada luégo con pésimo gusto, y un arco del renacimiento con estimable relieve de alabastro que representa el cuerpo del Redentor á los piés de su Madre dolorida (3).

En el período postrero del arte gótico, hacia la entrada del XVI, fueron labradas las sillas del coro situado en el centro de la iglesia; las inferiores con extraños mascarones ó animales en el reverso de sus asientos, las superiores con menuda arquería y profusas labores en sus respaldos y doselete corrido de caprichosos arcos intercalados con agujas. Ajustó cada una en diez mil maravedís su artífice Rodrigo Alemán, que tenía acreditado su primor y su fértil y lozana inventiva en las de la catedral de Plasencia. Rodean exteriormente la cerca góticos calados sobre friso plateresco; pero las pilastras y medallones de estuco y el

(1) Representan, según el rótulo, al marqués de Cerralbo, don Rodrigo Pacheco Osorio, virrey de Nueva España, fallecido en Bruselas en 1640, y á doña María Pacheco su mujer. Al otro lado hay una larga inscripción latina puesta á don Fernando de Toledo que murió en África, peleando solo con siete soldados contra los turcos, y cuyos huesos trajo de allá el cardenal Pacheco, entregándolos en 1557 al marqués su hermano para darles sepultura.

(2) Dice el letrero que fué bienhechor de la iglesia y que murió á 20 de noviembre era de 1358, esto es año de 1320. Habrá error en la fecha, pues la orden de la Banda no fué instituída hasta el 1332.

(3) En el friso de la capilla de Santa Úrsula léese que la mandó hacer Álvaro de Miranda fallecido en 1517 y doña Mayor Sánchez Cambay su mujer, y encima del arco inmediato que lo costearon y dotaron la capilla á 2 de marzo de 1559 el noble hijodalgo Fernando Chaves de Robles y su consorte Juana Pérez de Pineiro.

retablo del trascoro, de que con tanta complacencia habla en el viaje de Ponz el buen canónigo su trazador (1), dudamos si valen mucho más que las obras churriguerescas que desalojaron.

Por la nave del norte se sale al claustro, que no es lo menos interesante del edificio: sus alas abren hacia el patio cada una cinco grandes ojivas, pero su diverso carácter descubre las épocas entre sí distantes en que fueron fabricadas. La occidental, casi coetánea del templo, subdivide sus arcos en tres de forma trebolada por medio de cortas y cilíndricas columnas de románicos capiteles asentadas sobre anchísimo antepecho; y aunque trepados rosetones de tres y cuatro lóbulos bordan los vanos de sus aberturas, todavía el aspecto de aquel ándito tiene menos de gótico que de bizantino. Algo más adelantado aparece el de mediodía, arrimado á la misma iglesia, en sus columnitas ya boceladas, en sus capiteles no tan gruesos y en las elegantes estrellas recortadas entre sus encajes, completando de lejos la perspectiva las ricas ventanas de la nave que por cima de él asoman. En el ángulo que forman las dos alas, una inscripción puesta debajo de un pequeño Calvario toscamente esculpido, nos revela el nombre de Benito Sánchez maestro de la obra, dato de bastante importancia aun cuando no se le atribuya más que aquella parte del claustro, y no la creación y comienzo de la basílica como se ha creído generalmente, sin advertir que ésta debió precederle acaso una centuria (2).

No tuvo menos suerte en perpetuar su memoria el que construyó más tarde los lienzos de oriente y norte con arreglo á las últimas tradiciones góticas; llamábase Pedro Güémez, y su bus-

(1) Llamábase D. Ramón Pascual Díez, cuyas noticias de Ciudad Rodrigo insertó Ponz al fin del tomo XII.

(2) El epitafio dice así: «Aquí yaz Benito Sanchez maestre que fué desta obra, e Dios lo perdone amen.» Por desgracia carece de fecha, pero ni su letra gótica mayúscula conforme á la del siglo XIII al XIV, ni su lenguaje correspondiente á dicha época, ni el sentido de su contexto, autorizan para reconocer á Sánchez por primer arquitecto de la catedral, como han asegurado copiándose unos á otros Ponz, Ceán Bermúdez y cuantos se han ocupado de Ciudad Rodrigo.

to resalta dentro de un medallón encima de la puerta de salida al patio, al lado del de D. Juan de Villafañe canónigo fabricante (1). Cada arco de estas dos galerías lo compartió en cuatro menores con pilares sin capitel; en los calados no supo ya imitar la gentileza de los antiguos, y á los contrafuertes exteriores puso por remate botareles de crestería. Las bóvedas, de arcos cruzados como las demás, se distinguen por alguna labor entrelazada, contrastando notoriamente con los grotescos mascaronicillos diseminados sin orden por las del ándito de poniente. Al rededor de los cuatro muros hay excavados nichos semicirculares, vacíos los más, los restantes ocupados por toscas urnas, algunas de las cuales muestran uno que otro dibujo bizantino ó follaje gótico ó moldura del renacimiento, pero una sola lleva figura de relieve y por cierto muy gastada. Las inscripciones son dos y nada antiguas (2). Lo son empero dos efigies de Nuestra Señora; la una dentro de apuntada hornacina, graciosa y de formas harto redondeadas para clasificarla entre las esculturas góticas; la otra deforme, casi horrible, indudablemente bizantina, en un hueco sembrado de estrellas, frente á la puerta de comunicación con el templo que despliega en el mismo género su medio punto y sus cuatro columnas.

No hay que buscar en la sacristía alhajas ó preciosidades, ni pergaminos ó códices en el archivo, ni magnífica sala capitular, ni suntuosa escalera, ni otras dependencias acostumbradas; todo pereció en la gloriosa lucha con los invasores, y todo hubo de habilitarse de nuevo con sobrada sencillez. Poco faltó para que entonces se arruinara por completo una construcción, que si bien aislada de la catedral y situada á sus espaldas, se reputa sin embargo como una de sus excelencias. La capilla de Cerralbo,

(1) Lleva el arquitecto un compás en la mano, y al rededor de su cabeza el nombre en letras góticas á modo de corona.

(2) La una es del racionero Fernando Ribera de Ávila que murió en 1617, y la otra en letra gótica dice: «Esta capilla mandó hacer Bartolomé Sanchez de Arévalo canónigo que fué desta iglesia, el que dexó el molino de Carbonero y eredades de Ivan rey; hanle de dezir una capellania perpetua, finó año de MDVI años.»

princiada hacia 1588 por disposición del cardenal D. Francisco Pacheco y Toledo, hijo de los marqueses de aquel título y primer arzobispo de Burgos (1), fué uno de los más intachables modelos propuesto á la admiración de los artistas por los exclusivos seguidores de Vitrubio, y hasta á los ojos de los que no lo son se recomienda por su noble sencillez y majestad. Aunque no terminada sino en 1685 gracias á la marquesa D.^a Leonor de Velasco, no se desvió un ápice de la rigidez del primitivo plan, manteniéndose inaccesible á las extravagancias que se iban introduciendo: dos órdenes de pilastras dóricas con nichos en los entrepaños, un colosal escudo del fundador en el segundo y un frontón triangular por remate componen la fachada; y encima de las alas del crucero y de la capilla mayor asienta un cuerpo cuadrado ceñido de balaustrada con agujas, del cual arranca elegantemente el hemisférico cimborio. El espacioso interior consta de pilastras jónicas pareadas, bóveda de cañón y arcos de medio punto; la cúpula se eleva sobre cuatro pechinas, y el pavimento de mármol copia con sus dibujos como por vía de reflejo las líneas de la techumbre. Al presbiterio se sube por diez gradas, y los retablos, así el principal como los colaterales, por más que su maderaje haya quedado sin dorar, no desmerecen en su corintia arquitectura de los celebrados lienzos que para ellos se pintaron (2). Hoy desmantelados, estremecidos los muros desde los cimientos, no se han rehecho todavía de la terrible explosión que por azar causaron durante el sitio los pertrechos de guerra acumulados en su seno; por el ancho boquete que abrió la pólvora en la gallarda linterna, penetra á

(1) Empezó por arcediano de Ciudad Rodrigo, y después de haber sido embajador en Roma y virrey de Nápoles, murió en su metrópoli de Burgos en 1579. Fué enterrado su cadáver á un lado del crucero de la capilla donde se conservó largo tiempo incorrupto.

(2) El cuadro de S. Andrés titular de la capilla y los de los cuatro Doctores de la Iglesia hechos para los intercolumnios del retablo mayor, vinieron de Roma: los del Bautismo de Cristo y de la Concepción los hizo Ribera, y el arquitecto D. Alonso Blas, regidor de Ciudad Rodrigo, los retablos colaterales donde se pusieron. Tales son las noticias que se comunicaron á Ponz.